

# Los castilleros

Alfonso X quiso nominar el Castillo de Morón con el nombre de “Buenaventura”; mas para entonces, Mauror ya tenía un peso específico venido de la época islámica. Desde la implantación del alkevirato (año 745-869) hasta los reinos de Taifa del Siglo XI -tiempos en que la villa urbana aún no había nacido— Morón tenía el nombre de Mauror tanto para su castillo y todo cuanto en el interior de la muralla hubiese, incluida la alhama de Santa María, hasta la torre de la Atalaya. Imaginamos que por esto el Rey Sabio desistiría de cambiarle el nombre.

Al abrigo de su orografía, en el Cerro del Castillo, que tiene una superficie de 66.536 m<sup>2</sup> y una altitud próxima a los 295 metros, han venido adaptando sus refugios, desde los pobladores de la Edad del Bronce (cabaña tartésica), hasta los castilleros andaluces del siglo XX (foto 1, trasera de la torre del homenaje, en la que llegaron a vivir hasta seis familias, e hilera de casitas al sur de la misma, además de las calles Concepción Baja, Concepción Alta, Torres del Castillo, Cuevas y las Otras Cuevas al sur de la fortaleza). De estos sacrificados habitantes de Morón nos vamos a ocupar en estos apuntes, por ser un aspecto histórico de nuestro pueblo poco tratado. Gente que vivía con lo mínimo, sin luz eléctrica o agua corriente en muchas ocasiones.

Los castilleros, última etnia en ocupar ese cerro (1842-1967), aprovecharon las torres habitables, las cuevas de las antiguas bodegas; otras que ellos mismos socavaran en la roca madre, y construyeron chozas, chabolas y casitas de teja vana. Llegaron a contabilizarse más de trescientas cincuenta familias (unas 1.500 personas), que hubieron de abandonar sus viviendas en dos ocasiones no deseadas y muy bien definidas. La primera a comienzos de la década de los 60 del Siglo XX, con motivo de la construcción del depósito de agua, instalado en el patio de armas de la antigua fortaleza, que se llevó por delante buena parte de las viviendas ubicadas en el llano intramuros (foto 2). Y para lo que hubo que derribar lienzos importantes de la muralla interior, hasta el enterramiento de la puerta de poniente, redescubierta en 1990. La segunda huida --que provoca el definitivo abandono de la fortaleza-- estuvo promovida por un seísmo de importancia que tuvo lugar en febrero del año de 1967, por el que la fortaleza se estremeció hasta derrumbarse una sólida torre del ala este.

